

## REFLEXIONES SOBRE EL IMPERIALISMO

### I. DE INGLATERRA A LAS DOS AMÉRICAS

Hay temas, y el imperialismo es uno de ellos, que permanecen eternamente remozados. Según se van estudiando, además, vamos descubriendo en los mismos aspectos radicalmente inéditos. Consecuentemente, cosa que se puede afirmar sin suscitar las iras de los especialistas en la materia, hay muchísimas formas de imperialismo aunque todas convergen en una misma circunstancia, a saber: la explotación económica que un pueblo realiza sobre otro valiéndose, por regla general, de su dominio militar y político.

El imperialismo, en rigor, constituye una rama desprendida del frondoso árbol del colonialismo. Hasta hace muy poco tiempo la función que hoy caracteriza al imperialismo venía ejerciéndola, con mayor o menor fortuna, el colonialismo. Queda, pues, perfectamente claro que el colonialismo ha sido uno de los métodos más eficaces en virtud de los cuales unos pueblos han explotado a otros con absoluta impunidad.

Conviene precisar, desde el umbral de estas modestas reflexiones, que para que existiese la figura a la que venimos haciendo referencia—la situación colonialista—no era preciso que la dependencia militar o política fuese profundamente acentuada. La propia Inglaterra aprendió muy pronto, si aceptamos la tesis de un autor contemporáneo<sup>1</sup>, que no siempre era necesario establecer un gobierno colonial formal (es decir, establecer la soberanía directa) para recoger abundantes beneficios. A menudo—incluso—era más barato y menos complicado políticamente no hacerlo. Hubo países en la América del Sur—que nunca formaron parte del Imperio británico—sobre los cuales Inglaterra ejerció enorme influencia a través de las finanzas y del comercio. Hoy en día son los Estados Unidos de América los que ejercen esa influencia.

<sup>1</sup> GREENE, FÉLIX: *El enemigo (lo que todo latinoamericano debe saber sobre el imperialismo)*. Siglo XXI Editores, S. A., México, 1977, p. 130

Inglaterra ideó, ciertamente, toda una serie de métodos para dominar nominalmente a un importante grupo de países independientes; utilizó, a tales fines, los términos de «mandato», «fideicomiso», «protectorado», etc. No eran, en el sentido clásico de la expresión, auténticas colonias, pero indudablemente formaban parte del sistema imperial británico. China nunca fue colonia formalmente hablando, pero durante un siglo estuvo entre las garras de un despiadado consorcio de potencias occidentales que controlaron su moneda, intervinieron sus aduanas, decidieron qué industrias se le podían permitir y cuáles no, y cuán grande podría ser su ejército. Cabe, lógicamente, preguntarse: ¿qué era esto si no una forma de imperialismo en sociedad?

Así, pues—adelantando conclusiones—, podemos considerar que el colonialismo no es otra cosa sino uno de los métodos por los que un país imperialista puede llevar a cabo su saqueo de otras naciones. Los países imperialistas, en todo caso, se vieron obligados en décadas pasadas a renunciar a su método por causa de la creciente conciencia política de los pueblos sometidos al dominio colonial. Tal vez por eso mismo, para mantener situaciones análogas, los Estados Unidos de América se han visto compelidos a emplear métodos más indirectos—más disimulados—; la forma estructural de su imperialismo no es el colonialismo, pero sigue siendo un innegable imperialismo.

Es obvio, y no es menester profundizar excesivamente en esta cuestión, que los imperios—o dominios de una potencia sobre otra—son un rasgo permanente de toda la Historia.

China, Egipto, Grecia y Roma—principalmente—ejercieron cierto dominio sobre no pocos de los pueblos que quedaban fuera de sus propias fronteras. A estos imperios de la antigüedad les interesó primordialmente el saqueo de la riqueza de los otros o la imposición de tributos... Una característica primordial del imperialismo moderno, según la concepción de un competente autor<sup>2</sup>, es que tiene puesta la mira en otra clase de saqueo, en el despojo de la riqueza de otros países a través del comercio desigual y de la inversión que extrae mucha más riqueza de la que introduce.

El pueblo de Inglaterra (o para ser más exactos, un grupo dominante, relativamente pequeño, dentro de Inglaterra), fue el primero en utilizar estos nuevos métodos de saqueo a escala verdaderamente mundial. No tardaron, por supuesto, en convertirse en verdaderos profesionales de la expoliación. El sistema que crearon, por su magnitud, por la diversidad y complejidad de sus operaciones dejó chicos a todos

<sup>2</sup> GREENE, FÉLIX, *op. cit.*, p. 73.

los demás imperios. Nunca antes tantas personas—una cuarta parte de todo el género humano—fueron subyugadas y puestas a trabajar para el enriquecimiento de tan pocos.

En efecto, como muy bien especifica Félix Greene<sup>3</sup>, desde el siglo xvi, Inglaterra había reconocido la importancia de los mares como vía principal de su comercio y comenzó a construir una poderosa flota de barcos mercantes y de guerra. El objetivo era el comercio y, en particular, el comercio que podía sacar provecho de la existencia de mano de obra barata en los territorios de ultramar. El comercio de esclavos, organizado como una operación mercantil, en el que los barcos ingleses cerraban el «triángulo» comercial, que consistía en llevar esclavos de Africa a los Estados Unidos, tabaco y algodón de allí a Bristol y Liverpool y artículos manufacturados baratos (entre los que figuraban armas, whisky y Biblias) a los puertos africanos. Se comerciaba también con productos de Oriente, de lo que se hacía cargo la East India Company, poderoso órgano de gobierno con derechos propios.

Aunque Inglaterra tomó la delantera en lo que respecta a la expansión de los mercados extranjeros existió, no obstante, una continua y feroz rivalidad entre las potencias recién industrializadas. Los franceses, alemanes, belgas, holandeses e ingleses se enfrentaron al mismo problema (fábricas capaces de producir una cantidad de bienes mayor que la que podía venderse en el propio país) y todos buscaron las mismas soluciones. Las guerras libradas entre Francia e Inglaterra de 1792 a 1815 fueron esencialmente luchas de mercados y de fuentes de materias primas que se podían obtener al precio más bajo posible mediante el uso de mano de obra barata.

El siglo transcurrido desde la victoria de Inglaterra sobre Francia en Waterloo, en 1815, hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, en 1914, que fue un siglo durante el cual Inglaterra ejerció al máximo su poderío mundial y alcanzó el mayor de los éxitos en el pillaje de la riqueza de otras naciones, suele calificarse a menudo de período de paz. A veces se le ha llamado *Pax Britannica*. Fue un siglo de luchas casi continuas. Sólo mediante el uso de una fuerza militar agresiva Inglaterra obtuvo, una tras de otra, sus posesiones ultramarinas. Las Antillas inglesas, India, Australia, Ceilán, la isla Mauricio y parte de la América del Norte estaban ya colonizadas, y al ser derrotados los franceses, Inglaterra impuso su dominio sobre vastos territorios del continente americano. Pero eso no fue sino el comienzo... De todas formas, a partir de mediados del pasado siglo, Inglaterra

<sup>3</sup> GREENE, FÉLIX, *op. cit.*, p. 81.

no iba a estar sola en la empresa colonialista e imperialista. La sombra de un pueblo joven comenzaba, igualmente, a cubrir no pocos territorios de allende sus propias fronteras y a interesarse, naturalmente, por la rentabilidad de su influencia: los Estados Unidos de América.

El proceso de ascensión estadounidense bate, en rigor, cualesquiera récords que se quiera fijar respecto de la plenitud y hegemonía de un pueblo. Los Estados Unidos, al concluir la Guerra de Secesión, logran la conquista del punto más alto en que sitúan a su comunidad e inmediatamente, como subraya en un interesantísimo libro Francisco Pividal<sup>4</sup>, inician una política de conquista con pretensiones sobre toda la América Central, el Mar Caribe, Colombia, Venezuela y hasta el Canadá. Es el momento, como podemos imaginarnos, en el que cruelmente se enfrentan las dos Américas—las del Norte y la del Sur—. Ciertamente, en esa época, la política exterior de las Repúblicas Latinoamericanas y del Caribe consiste en reafirmar la precaria independencia política de casi todas ellas y luchar por el desarrollo económico independiente—segunda independencia— a fin de consolidar la libertad como expresión concreta y específica de sus respectivos pueblos. Mientras más se afianza este propósito en los pueblos latinoamericanos y del Caribe, más se alejan del objetivo de la política exterior de los Estados Unidos. Son, en verdad, dos políticas que se excluyen: la de los principios, defendida por Bolívar, Martí y Betances, y la de la «falta de principios», justamente, aquella que se desprende de los métodos empleados por el Gobierno de los Estados Unidos en la América Latina y el Caribe. La falta de unidad continúa siendo—entonces y ahora—el signo negativo de «nuestra América»—la del Sur (según la expresión de Francisco Pividal).

De forma precoz, efectivamente, los pueblos agrupados bajo la generosa denominación geográfica de la América del Sur han hecho siempre patente su radical insatisfacción ante cualesquiera medio de sometimiento. Desde los tiempos de la conquista, nos indica el autor que acabamos de citar<sup>5</sup>, existieron en casi todas las colonias hispanoamericanas condiciones objetivas para los estallidos revolucionarios. Los explotados jamás dejaron de expresar sus anhelos de justicia económica y social. Al principio se enfrentaron a los conquistadores, y más tarde a la opresión del régimen colonial.

Por otra parte, las sublevaciones antiesclavistas y las primeras agitaciones revolucionarias de los siglos xvii y xviii no perseguían la li-

---

<sup>4</sup> PIVIDAL, FRANCISCO: *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*. Casa de las Américas, La Habana (Cuba), 1977, p. 15.

<sup>5</sup> PIVIDAL, FRANCISCO, *op. cit.*, p. 27.

bertad para todos, sino transformaciones sociales cuyos beneficios se limitaban, generalmente, al grupo insurrecto. Tales estallidos carecían de fundamentos teóricos; pero estaban llenos de propósitos reivindicadores. De todos modos cumplieron su cometido histórico, porque denunciaron primero y combatieron después, un sistema de explotación que repudiaban plenamente. El desarrollo de la propia lucha hubo de facilitarles la toma de una conciencia de clase. La táctica a seguir vendría determinada por las imposiciones del acontecer histórico.

No ha de sorprendernos, por lo tanto, el ardor desplegado en la defensa del Continente sureño por los más esclarecidos políticos de todos los tiempos —entiéndase la expresión en su sentido filosófico y no geográfico (desde que América del Sur es)—. Entre todos descuella, por supuesto, la figura de Simón Bolívar. Y, en efecto, en casi todos sus escritos el genial Caudillo se plantea y defiende, de manera consecuente, la integración política de un complejo de pueblos y países, liberados y unidos voluntariamente por una comunidad de origen, lengua, costumbres, etc., y «por el pacto implícito y virtual de la identidad de causa, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma»<sup>6</sup>.

Sobre tales bases imperativas da a este vasto estado nombres diferentes: América del Sur, América Meridional, Sudamérica, Hispanoamérica, América, antes colonias españolas, o simplemente América. Con el calificativo precisa una distinción, no una igualdad. De no haber existido otra América, la connotación hubiera sido innecesaria. Cuando emplea el término sin restricción alguna se refiere a Hispanoamérica, cuando en otros supuestos o casos excepcionales lo extiende, deja esclarecido su alcance en el propio contexto de lo escrito.

Simón Bolívar, pues, fue el primero en comprender que el desarrollo de los Estados Unidos los conduciría a proyectarse sobre todo el Continente y, por tanto, era indispensable crear una fuerza que contrarrestara esa proyección, al unir en un haz de pueblos libres a aquellos cuyos intereses históricos, sociales y económicos fueran verdaderamente comunes. La tendencia expansionista y hegemónica de los Estados Unidos habría, por lo tanto, de encontrar su contrapartida en el ideal bolivariano.

Desde los días de gloria del caudillo venezolano las relaciones entre los dos polos americanos han dado lugar a diversas etapas de carácter social, político y económico que, en buena lógica, no cabe desconocer. Para el prestigioso internacionalista Mario Amadeo —que deta-

<sup>6</sup> PIVIDAL, FRANCISCO, *op. cit.*, p. 43.

lladamente ha analizado la problemática a la que venimos haciendo referencia <sup>7</sup>— el principal problema que se plantea hoy en el ámbito americano concierne a las relaciones entre los Estados Unidos de América y los países de Iberoamérica. El régimen de esas relaciones ha variado profundamente a lo largo de un siglo y medio de convivencia, y podemos en ella distinguir cuatro períodos. Ellos son, por su orden cronológico, los siguientes:

1) Hasta la creación de la Unión Panamericana (1890) y la guerra de Cuba (1898), los Estados Unidos e Iberoamérica vivieron prácticamente en la ignorancia y el aislamiento recíprocos. Ni se amaban ni se detestaban: simplemente, se desconocían.

2) Entre fines del siglo pasado y 1933 —fecha de la VII Conferencia Panamericana de Montevideo— los Estados Unidos practicaron, con mayor o menor dureza, la política intervencionista. Es la época del *big stick* y de la «diplomacia del dólar», cuyas principales expresiones fueron los desembarcos de marinería en el Caribe, la fiscalización de las Aduanas para el cobro compulsivo de las deudas, la política de no reconocimiento a los Gobiernos «ariscos».

3) La Conferencia de Montevideo inauguró la era de la «buena vecindad», bajo el signo del principio de no intervención. Las intervenciones armadas, por tanto, terminaron. Pero los Estados Unidos continuaron gravitando efectivamente en América Latina a través de sus frecuentes contactos con los Gobiernos dictatoriales y con las minorías dirigentes que, con pocas excepciones, dominaban al sur del Continente.

4) A partir de 1958 parece haberse inaugurado una nueva política basada en la amistad dentro de la igualdad y en una intensa cooperación económica para la promoción en Iberoamérica de mejores condiciones de vida. El Presidente Kennedy ratificó esta línea de acción, cuya expresión formal la constituyó el Programa de «Alianza para el progreso» que lanzó al poco tiempo de asumir la Presidencia de los Estados Unidos.

A pesar de todo, como es bien sabido, los Estados Unidos y sus vecinos no acaban de entenderse perfectamente. Algo falla y algo suscita la mutua desconfianza que cabe advertir en las relaciones entre el Norte y el Sur. Y el caso es profundamente desorientador para el hombre medio que considera, y no sin razón, que los Estados Unidos, pese a todos los defectos que se les quiera imputar, son profundamente

---

<sup>7</sup> AMADEO MARIO: «América ante una opción decisiva». *Revista de Política Internacional* (Instituto de Estudios Políticos), núms. 56-57, julio-octubre, Madrid, 1961, p. 217.

respetuosos con todos los compromisos que en aras de la perfección de sus relaciones exteriores adquieren.

Se dice, desde otra perspectiva, que los Estados Unidos han dejado de «mandar» en América Latina. Las principales directrices que ahora imperan, sobre todo en las áreas políticas, sociales y económicas, muestran otro sello —la impronta europea—. No es fácil, piénsese lo que se quiera, desentenderse, en cualesquiera de los aspectos enumerados, de la influencia estadounidense —el peculiar «estilo de la vida americana»—. Necesitarán, consecuentemente, muchísimo tiempo los pueblos Iberoamericanos para superar las constantes en boga en su no muy lejano pasado. Un pasado, como hemos insinuado, profundamente vinculado a la suerte o a la adversidad vivida y sentida, en la política, la economía y la cultura, por su excepcional y poderoso vecino del Norte.

## II. ¿SE PUEDE DEFINIR EL IMPERIALISMO...?

Una definición, ya de entrada, del fenómeno que nos ocupa resulta a todas luces prematura: sólo después de estudiar su desarrollo histórico, sus leyes y mecanismos, es congruente conceptuarlo. Sin embargo —ha dicho un prestigioso especialista de esta materia<sup>8</sup>—, también es cierto que sin una mínima conceptuación del imperialismo caminaríamos a tientas y a oscuras por su historia. Vamos, pues, con todos los riesgos y por una clara necesidad de método, a adelantar una definición del mismo, forzosamente hipotética, y ya veremos en qué medida resiste su despliegue histórico y teórico. Por otra parte, no debemos tratar de aprehender el fenómeno que nos interesa en *estado puro*. Porque, como muy bien ha apuntado Henri Lefebvre, «sobre toda exigencia de claridad absoluta cae la oscuridad». Quede diáfano, en consecuencia, que con esta definición de arranque sólo pretendemos ofrecer unas guías mínimamente claras y rigurosas para entrar en el conocimiento científico de nuestro tema.

El imperialismo se nos presenta así: *una estructura internacional de relaciones de dominación y explotación generada por el desarrollo mundial del modo de producción capitalista, como base externa de un largo proceso histórico de acumulación de riqueza en los Estados de Europa Occidental—no ibéricos—y del norte de América y área de desagüe de las contradicciones internas de los mismos, y entre los mismos, que ha subdesarrollado a los pueblos de la periferia del sis-*

<sup>8</sup> ACOSTA SÁNCHEZ, JOSÉ: *El imperialismo capitalista (concepto, períodos y mecanismos de funcionamiento)*. Editorial Blume, S. A., Barcelona, 1977, p. 10.

*tema capitalista mundial (a excepción del Japón, que se integró en el centro del sistema en condiciones muy específicas), y ha creado las condiciones revolucionarias que han hecho quebrar al capitalismo por sus límites en el presente siglo (Rusia, China, Indochina, etc.).* Este enunciado, ciertamente, contiene todos los elementos para la formulación de una teoría del imperialismo capitalista.

Pero, naturalmente, si queremos simplificar las cosas y dejar al margen el análisis de determinadas situaciones de carácter histórico y ahorrarnos las serias dificultades que comporta el estudio de no pocas doctrinas es evidente que, con diafanidad meridiana, podemos afirmar—esgrimiendo las tesis sostenidas al respecto por el doctor Acosta Sánchez<sup>9</sup>— que, en efecto, el *fin último del imperialismo es la explotación*; explotación de los pueblos y naciones de la periferia del sistema capitalista mundial por la clase dominante (burguesía) de los Estados capitalistas que componen el centro del sistema; explotación necesaria para que esa clase dominante a nivel mundial reproduzca y amplíe su tasa de acumulación de capital, que en el interior de las sociedades capitalistas más desarrolladas se encuentra con graves obstáculos o contradicciones. Por ello, Lenin resaltaba por encima de todo «la esencia económica del imperialismo».

Justamente, como ya hemos indicado en líneas precedentes, los mecanismos de explotación imperialista han variado a lo largo de la historia. En un primer estadio fueron la piratería, el pillaje, la guerra y la trata de esclavos; más adelante fueron (siglos XVIII y XIX) el intercambio desigual de mercancías y el drenaje de materias primas los principales; en el siglo XX, el mecanismo de explotación imperialista dominante es la exportación de capitales. Hoy, al lado de esos mecanismos fundamentales se desarrollan otros, de carácter parasitario: el «drenaje de cerebros», la explotación tecnológica, el fraude fiscal a nivel internacional, la «ayuda» a los países subdesarrollados, etc.

Ahora bien, como muy bien dice el doctor Acosta Sánchez, las relaciones de explotación imperialista necesitan una previa estructura de dominación a nivel internacional: una correlación de fuerzas entre las formaciones sociales explotadoras que impida la liberación de las últimas, y unas condiciones ideológicas que bloqueen la toma de conciencia de los pueblos explotados y su consiguiente acción revolucionaria. Tales son las relaciones de dominación que aseguran la reproducción del imperialismo, es decir, del capitalismo a nivel mundial: un tejido de fuerzas políticas e ideológicas que tienden a inmo-

<sup>9</sup> ACOSTA SÁNCHEZ, JOSÉ, *op. cit.*, p. 11.



vilizar y, en caso necesario, a reprimir materialmente a los pueblos explotados. Así como las relaciones de explotación tienen sus mecanismos, las de dominación tienen los suyos específicos: los organismos internacionales (de carácter económico o político), los tratados de alianza entre las grandes potencias capitalistas (la OTAN de nuestros días), la diplomacia, las bases militares ocupando las áreas claves del planeta, las flotas de guerra controlando permanentemente mares y océanos; y, a nivel ideológico, los poderosos medios de propaganda y «cultura» que tienden a nublar la realidad imperialista. Ordenando toda esa tupida y compleja red de dominación aparece siempre un Estado capitalista hegemónico: hasta 1945, Inglaterra; desde entonces, Norteamérica.

No sólo, en rigor, los pueblos hispanoamericanos y la India, como tantas veces se ha dicho, han sido los únicos en padecer las consecuencias imperialistas. Recordemos que, efectivamente—y en este extremo insiste muy especialmente el doctor Acosta Sánchez<sup>10</sup>—, el capitalismo se ha desarrollado históricamente sobre dos bases. Una interna, expropiando en un primer estadio—siglos xvi al xix— a la Iglesia, a los municipios y al campesinado y, en un segundo estadio, a la clase obrera. Otra externa, expoliando a los pueblos de Asia, América y buena parte de Europa. Pues bien, esta segunda base de la acumulación capitalista constituye el imperialismo. La clase social beneficiaria de una y otra vertiente de acumulación de riquezas ha sido la burguesía de los Estados de Europa Occidental—Inglaterra, Países Bajos, Francia y Alemania, fundamentalmente—y más tarde, también, la burguesía generada en los Estados del norte de América, a raíz de la independencia de las colonias inglesas en aquella área durante el siglo xviii,

La Península Ibérica—incluso—ha cumplido en todo ese proceso un papel especial. Portugal y España abrieron a los Estados del centro y norte de Europa, durante los siglos xv y xvi, el dominio de Africa y América, con sus grandes descubrimientos y conquistas, pero no tuvieron capacidad política ni económica para retener las riquezas inmensas que extrajeron de sus imperios, ni, en último término, para consolidar la dominación sobre los mismos. Aquéllas primero, y éstos más tarde, pasaron a manos de las potencias europeas mencionadas. Así se frustró la base fundamental para una acumulación en la Península de carácter capitalista, que en los siglos xix y xx hubiera servido para un desarrollo industrial autóctono y soberano. Esa frustración

<sup>10</sup> ACOSTA SÁNCHEZ, José, *op. cit.* p. 13.

es la clave final de nuestra caótica historia contemporánea y de nuestra dependencia y subordinación al capital extranjero, en el pasado y en el presente...

Las interrogantes, tratándose del tema al que nos venimos refiriendo, fluyen incesantemente. He aquí, justamente, una nueva pregunta sumamente interesante, a saber: ¿Por qué, preferentemente, siempre que se habla del imperialismo se hace desde la perspectiva exclusivamente económica? En efecto, se puede afirmar con ademán dogmático, en el fenómeno imperialista hay muchas cosas más. Por lo tanto, como muy bien ha expresado un autor contemporáneo<sup>11</sup>, con el examen de las instancias económica y política no queda acabado el análisis de la fase imperialista que nos incumbe. Todo gran fenómeno histórico llega acompañado de una serie de símbolos, mitos y racionalizaciones que se presentan como su legitimación ideológica. Dado que, de una parte, el hombre que se encuentra inmerso en los fenómenos históricos no suele conocer las leyes que determinan la existencia de éstos y, de otra, el hombre es el único animal con capacidad intelectual para justificar, para racionalizar, sus acciones, resulta que la mayoría de los hechos históricos aparecen recubiertos por una corteza simbólica y mitológica. Tal cobertura tiende siempre a idealizar, o sublimar, la crudeza de la historia, sus determinaciones materiales. Es por todo ello por lo que la instancia ideológica, con todo su contenido de representaciones mentales, mitos, símbolos y creencias, nace de una *falsa conciencia de las cosas*, que sólo el análisis científico puede descubrir. Por todo ello, lo ideológico significa siempre una «transposición de lo real a lo mental» y se manifiesta en último término como una *inversión de la realidad*.

Pues bien, el estudioso de la ideología encuentra en el terreno del imperialismo, y de modo especial en la fase imperialista que nos ocupa, una apasionante parcela. Cosa que halla su explicación en la intensidad de la lucha de clases que acompaña a la crisis del capitalismo en el último cuarto del siglo pasado y, de modo más concreto, en las contradicciones irresolubles a las que se enfrentó desde entonces la pequeña burguesía, comprimida ya en la estructura social de las sociedades capitalistas por el despligue de poder de la burguesía monopolista, o financiera, y la posición revolucionaria de la clase obrera.

En definitiva, como recientemente ha subrayado el profesor Barratt

---

<sup>11</sup> ACOSTA SÁNCHEZ, José, *op. cit.* p. 163.

Brown<sup>12</sup>, el imperialismo no es un concepto económico preciso; no puede reducirse a una serie de modelos generales de equilibrio; pero tiene una larga historia como marco conceptual en Economía política desde los mercantilistas hasta los fisiócratas, pasando por Lenin y los neomarxistas. La utilización del término imperialismo, como el de capitalismo o mercantilismo, implica la necesidad de combinar el análisis político y el económico a la hora de explicar la unidad de los fenómenos sociales. Quienes limitan su estudio a la teoría económica pura creen que contribuyen a nuestra comprensión de la naturaleza del comercio internacional al analizar las causas y efectos del esquema de movimientos de los bienes y el capital, estimando así a partir de estos patrones las «ganancias» (y seguramente también las pérdidas) de un modo general e individual. Los politólogos creen que contribuyen a nuestra comprensión de la naturaleza de las relaciones intergubernamentales al analizar las causas y efectos del esquema de los grupos de poder, estimando así sus fuerzas relativas y su incorporación a las instituciones políticas.

Cuando se combinan la teoría económica y la política en la Economía política se consideran conjuntamente no sólo motivos e instituciones económicas y políticas, sino también las teorías económicas y políticas que profesaban (o profesan) los hombres y mujeres socialmente activos, pues su cálculo de los beneficios y ganancias y de sus posiciones relativas de poder tendrá gran influencia sobre su comportamiento. Además, como gustaba repetir Keynes, las teorías siguen influyendo sobre las acciones de las personas mucho después de que hayan finalizado los acontecimientos que dieron pie a su formulación. Y como la teoría ayuda a determinar la toma de conciencia, una teoría falsa determina una toma de conciencia falsa. Las teorías son tanto un instrumento de la apologética como de la investigación científica.

Es obvio, y con esta puntualización ponemos final al apartado que venimos glosando, que, efectivamente, en comparación con el colonialismo «clásico», la estrategia económica del neocolonialismo se caracteriza por ciertos aspectos nuevos e importantes. Como hemos indicado, ante los imperialistas obstaculizaban con todas sus fuerzas el desarrollo económico de los países de Asia, Africa y América Latina y el crecimiento del capitalismo nacional. Trataban de «conservar» el profundo atraso de la economía de las colonias y la dominación en ella de las formas precapitalistas. Los empresarios nacionales chocaban no sólo con la arruinadora competencia de los monopolios extranjeros

<sup>12</sup> BARRATT BROWN, MICHAEL: *La teoría económica del imperialismo*. Alianza Universidad, Sociedad Anónima, Madrid, 1977, p. 17.

sino también con medidas directas prohibitivas por parte de la administración colonial.

En las condiciones actuales el imperialismo —ha dicho un autor<sup>13</sup>—, con los viejos métodos, no puede conservar ya los países de Asia, Africa y América Latina como sus apéndices políticos y económicos. Está perfectamente claro que, en estos momentos, el imperialismo no tiene fuerzas para detener el progreso económico de los países emancipados. El desarrollo de las fuerzas productivas en dichos países es una necesidad objetiva. La aspiración a liquidar el atraso y a progresar económicamente eran la profunda base sobre la cual se unieron en el movimiento antimperialista amplias fuerzas sociales, inclusive la burguesía nacional que encabeza hoy muchos países emancipados.

### III. EL IMPERIALISMO, HOY

Hoy es posible vislumbrar, respecto del tema que ocupa nuestra atención, una diáfana realidad, a saber: el colonialismo capitalista ha creado una sima cada vez más grande entre los países parásitos y los países huéspedes. Según la Organización Mundial para la Alimentación y la Salud de la ONU y los documentos de las Naciones Unidas, ese abismo se ha agrandado al finalizar la II Guerra Mundial y con la «independencia». Esta divergencia expresaba la polarización internacional de dos realidades opuestas, el bienestar y la pobreza: los países opresores eran (y lo siguen siendo) pobres. La «independencia» es el eufemismo de la posguerra que no significa otra cosa que neocolonialismo, porque no ha eliminado la pobreza, ni el mayor enemigo del pueblo, el imperialismo.

Esta división internacional entre países opresores y explotadores arriba, y países explotados y oprimidos debajo —nos ha dicho muy recientemente Hosea Jaffe<sup>14</sup>—, era la expresión estructural de la extensa lucha internacional y social del capitalismo: la lucha (permanente dentro del marco capitalista) entre los colonialistas y sus aliados en la patria y en las colonias, por una parte, y los trabajadores coloniales, y sus aliados en la patria y en los países oprimidos, por otra. Actualmente, por ejemplo, la posición es la siguiente:

---

<sup>13</sup> BRUTENTS, K.: *El neocolonialismo y la lógica de la Historia*. Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1971, p. 45.

<sup>14</sup> JAFFE, HOSEA: *El imperialismo, hoy*, Editorial Zero, S. A., Bilbao, 1977, p. 55.

Los países coloniales son: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania Occidental, España, Portugal, Bélgica, Holanda, Escandinavia, Suiza, Canadá, Australia, Sudáfrica «blanca» (los cinco últimos los podemos definir como imperialistas de segundo orden —parásitos que viven en parte de los países huéspedes y en parte de otros parásitos) y el Japón. Las áreas coloniales son el Asia no socialista, toda Africa, toda la América Central y Meridional, con la casi total exclusión de Cuba, las islas del Pacífico, etc.

La clase dominante de los países colonialistas y de sus colonias (tanto económicas como políticas) está constituida por capitalistas colonialistas. Los aliados y custodios de sus intereses en las colonias constituyen los endeblés grupos locales, dependientes, sometidos tribalmente, feudales y capitalistas.

Aunque los explotadores coloniales locales se unen a la oposición contra los capitalistas, en realidad dependen estrechamente de los colonialistas, papel que está escondido durante la lucha por la independencia política, pero que se manifiesta de una manera evidente después de la independencia (esta es sólo el estadio inicial de la lucha antiimperialista, que fundamentalmente consiste en abolir el imperialismo económico).

De hecho, por supuesto, el imperialismo sigue manteniendo su ritmo tradicional. ¿Qué quiere decir esto...? La afirmación que acabamos de exponer demanda, ciertamente, una amplia explicación, a saber: La historia de toda sociedad dividida en clases se compone de muchas luchas sociales. Pero en cada época, siempre hay una más importante que las otras. Y así, cuando la esclavitud, en el fondo de la lucha entre patricios y plebeyos, se hallaba la lucha entre esclavos y patricios. En tiempos del feudalismo en China, Africa, América, Rusia y Europa, la lucha principal se establecía entre siervos y feudatarios. Esta lucha, en verdad, da vida a la lucha burguesa contra el feudalismo, y en buena medida a la misma burguesía. Bajo el capitalismo, como se sabe, la lucha fundamental es la lucha entre capital y trabajo.

La componente principal de esta última lucha es la lucha histórica entre el patrón colonial y los esclavos coloniales. La lucha patrón-trabajador dentro de los países colonialistas (como la lucha patricios-plebeyos de Roma) discurre sobre el trasfondo de esta principal lucha social e internacional. Y esta lucha secundaria está en estrecha dependencia de aquella principal.

La Ley de esta dependencia —según especifica el doctor Hosea

Jaffe <sup>15</sup>— puede enunciarse de esta manera: cuando la lucha colonial está siendo ventajosa para los imperialistas, éstos pueden hacer concesiones a los trabajadores en su patria y, entonces, la lucha descende (sobre todo políticamente). Pero cuando la lucha colonial se torna ventajosa para los trabajadores coloniales, los imperialistas se ven obligados a atacar el nivel del salario, e incluso (como en el fascismo), a los derechos de los trabajadores en su patria, que se defienden, y se enciende la lucha civil. El fascismo ha sido de veras bien definido como importación en los países imperialistas del sistema colonial (capital financiero, trabajo forzado, brutalidad, dictadura).

A causa de la concentración de capital colonialista en empresas coloniales gigantescas (minería, plantaciones, vías férreas) los trabajadores coloniales se convirtieron en la parte sólidamente más numerosa, más proletarizada y políticamente activa del proletariado bajo el capitalismo. Esta proletarización es enorme desde la II Guerra Mundial, y tan revolucionaria que ni la socialdemocracia, ni el estalinismo han podido impedir a estos trabajadores hacer revoluciones sociales posteriores a la rusa (China, Europa del Este—a lo largo de un área colonial—, Indochina del Norte, Corea del Norte, etc.).

La mayoría de los casi mil millones de personas de los estados socialistas serían hoy esclavos coloniales o lo hubieran sido sus padres. La actual lucha contra el imperialismo es, sin duda, la continuación de la lucha entre los trabajadores coloniales y el colonialismo capitalista.

El que estos trabajadores hayan hecho lo que no hicieron los trabajadores de los estados imperialistas—casi huelga decirlo—no es debido a virtud alguna o cualidad innata en el pueblo colonial, o a debilidad alguna de los trabajadores «avanzados» (hasta ahora los más retrasados políticamente), sino que se debe sólo a sus diferentes condiciones sociales objetivas (pensar sólo en la relación de 10 a 1 en cuanto a remuneración). Por eso, un cambio en esas condiciones (o sea la debilitación del colonialismo) debe tender a unirlos. Esto no es un proceso automático todavía, porque cabe en la patria la alternativa del «fascismo», ya que si la confrontación entre el colonialismo y el anticolonialismo no abre paso al socialismo, se introducirá el fascismo en su lugar...

Nadie, sin embargo, ha sabido montar—en nuestro tiempo—un sistema o mecanismo de control imperialista más perfecto que el planteado por los Estados Unidos de América. Los Estados Unidos han fomentado sistemáticas campañas en contra de un cambio profundo en

<sup>15</sup> JAFFE, HOSEA, *op. cit.*, p. 59.

el estatuto de poder de los países capitalistas satelizados, sobre todo en contra del avance de las fuerzas de la izquierda que una vez en el poder corregirían el estatuto de dependencia que rige las relaciones entre USA y los distintos gobiernos del campo capitalista. Por una parte, los Estados Unidos han financiado sistemáticamente las fuerzas políticas de la derecha, por otra han utilizado la acción subversiva de la CIA para sostener—tal y como escribe Vázquez Montalbán<sup>16</sup>—un control subterráneo de la situación a utilizar en posibles épocas futuras en las que haya que dar una respuesta contrarrevolucionaria a los avances de las fuerzas políticas de la izquierda. Otro terreno de incidencia es el de los aparatos ideológicos. La influencia de la cultura norteamericana a través del aparato educativo y del comunicacional (prensa, radio, televisión, cine, discos, formas y programas de vida, publicidad) se ha aplicado a la construcción de una imagen falseada del papel de los norteamericanos en el mundo. Mediante la acción de los aparatos ideológicos, la cultura imperial trata de destruir las señas de identidad de los colonizados.

El control político no termina en el pacto con los gobiernos de derecha, en el control contrarrevolucionario de la CIA o en la acción ideologizadora del aparato cultural. Los Estados Unidos hipotecan la política exterior de los restantes países del sistema. Puede decirse que los ministros de asuntos exteriores de Alemania, Inglaterra, Francia o Japón no son representantes autónomos de gobiernos autónomos, sino que sus líneas de actuación están predeterminadas por los intereses norteamericanos. Una prueba de ello es que cada vez aumenta la tendencia a un entendimiento directo entre USA y URSS por encima o al margen de las intenciones explícitas de los gobiernos de los países capitalistas. Los Estados Unidos asumen las más graves decisiones de política exterior, las que afectan a la corrección en el equilibrio de fuerzas entre bloques capitalistas y comunistas, sin que sus aliados tengan otra opción muchas veces que recibir copia del comunicado conjunto USA-URSS. Esta situación de real dependencia política está íntimamente ligada a la dependencia económica, pero sobre todo a la dependencia estratégica.

Podemos colegir, a la vista de cuanto antecede, que, efectivamente, la mayor amenaza para el imperialismo—aun en la nación más rica y poderosa de todas (los Estados Unidos de América)—es la creciente conciencia política de los pueblos oprimidos del mundo<sup>17</sup>. En número

<sup>16</sup> VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: *¿Qué es el imperialismo?* Editorial La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976, p. 25.

<sup>17</sup> GREENE, FÉLIX, *op. cit.*, p. 396.

cada vez mayor, están comenzando a reconocer que la clase gobernante de los Estados Unidos y los funcionarios que llevan a cabo sus políticas constituyen el grupo más peligroso del mundo. La marea antiimperialista está creciendo no sólo contra el imperialismo de los Estados Unidos, sino contra cualquier clase de imperialismo, donde quiera que se le encuentre. El imperialismo tendrá que valerse, cada vez más, de su poderosa red armada para proteger sus intereses, pero Vietnam—por ejemplo—ha señalado claramente los límites de lo que puede conseguirse contra un pueblo unido y políticamente consciente. ¿Y cuántos Vietnam se pueden permitir los Estados Unidos?

La marea universal contra el imperialismo se está levantando...

#### IV. CONCLUSIONES

La primera conclusión a la que podemos llegar, cuando menos en este punto coinciden raramente todos los especialistas del tema, es que *el imperialismo significa mucho más que la mera explotación de los países pobres por parte de los ricos*. Encierra, como muy bien se ha dicho, todo un sistema social apoyado en la explotación y en la violencia, toda una manera de pensar acerca del prójimo. Los guetos estadounidenses, las injusticia raciales, las flagrantes desigualdades que existen en todo país occidental, la deshumanización de nuestra sociedad industrial, son productos tan legítimos del imperialismo como lo es el *apartheid* en Sudáfrica o las matanzas de aldeanos en Vietnam.

Por otra parte, como es bien notorio, las manipulaciones económicas de los países que practican el imperialismo se han tornado sustancialmente psicológicas. Así, pongamos por caso, para mantener en funcionamiento la actividad económica se invierten en los sectores militares, independientemente de su racional y auténtica necesidad, enormes cantidades de dinero. Por otra parte, como ha dicho un autor contemporáneo<sup>18</sup>, no menos cierto es cómo el capitalismo ha ideado toda una variedad de técnicas que estimulan las ventas al exterior, a menudo con gran daño para otros pueblos. Pero hay otra compulsión interna que de manera más inmediata y personal tuerce las vidas de las personas. A saber, las presiones que se ejercen sobre ellas para que compren. No importa realmente qué es lo que compran, mientras

---

<sup>18</sup> GREENE, FÉLIX, *op. cit.*, p. 58.



sigan comprando, aun si compran artículos que no necesitan, con dinero que no tienen. Hoy en día, las deudas privadas en los Estados Unidos han llegado al punto en que, en promedio, cada familia ha hipotecado más de quince meses de sus ganancias futuras por bienes que ya ha comprado.

Piensa el autor anteriormente citado que la acumulación de ganancias, el insaciable deseo de poder y de mantenerse en los lugares de privilegio del escalafón mundial no supone, en definitiva, la conquista de la felicidad. Así, por ejemplo, los Estados Unidos de América son objeto de profundo resentimiento en las relaciones internacionales y, al mismo tiempo—en cuanto respecta a su vida interior—, cabe advertir de modo palpable cierta indisimulada tristeza. El poder, como tantas veces se ha dicho—y dice—, no otorga la felicidad: Para todo el que visite hoy los Estados Unidos, subraya Félix Greene, la gran sorpresa estriba en apercibirse de que, en efecto, los norteamericanos son un pueblo desdichado. Los visitantes descubrirán una energía frenética, un desasosegado deseo de divertirse y distraerse, una espontánea generosidad con los extraños, una conmovedora disposición a reconocer que todo anda terriblemente mal, pero que las cosas habrán de arreglarse, de una manera u otra, todo lo cual oculta gran parte de sus dudas más profundas acerca del futuro de su país. Como dijeron Baran y Sweezy en su estudio de la economía norteamericana:

«Desorientación, apatía y a menudo desesperación, que acosan a los norteamericanos de toda clase y condición social, han cobrado en nuestra época las dimensiones de una crisis profunda... Una pesada sensación de que se carece de fines, de vacío, de futilidad de la vida nacional e individual permea la atmósfera moral e intelectual de todo el país y encuentra su melancolía y expresión más alta en la designación de comités de alto nivel a quienes se confía la tarea de descubrir y señalar los «fines nacionales». El malestar le está quitando al trabajo su sentido y su objeto; está convirtiendo el ocio en una pereza sin alegría, debilitadora; está dañando fatalmente el sistema educativo y las condiciones para un desarrollo saludable de los jóvenes...»

La gran conclusión a la que, a la vista de las líneas precedentes podemos llegar, entre otras muchas, es que el ejercicio del colonialismo—en cualesquiera de sus formas (antiguas o modernas)—cuesta realmente caro. Desde la II Guerra Mundial, subraya Félix Greene<sup>19</sup>, los Estados Unidos han gastado cerca de mil billones de dólares en sus fuerzas armadas. Con sólo una fracción de esta cantidad astronó-

<sup>19</sup> GREENE, FÉLIX, *op. cit.* p. 282.

mica de dinero, el país podría haber reconstruido todos y cada uno de los barrios miserables y sórdidos de la nación.

Sin embargo, hemos visto cómo ha sido necesaria la militarización de la economía para que el sistema capitalista sobreviva. Pero es justo preguntar si, aparte de esta compulsión económica, los Estados Unidos, durante estos años, se encontraron en tan grave peligro que estos gastos fueron necesarios para la seguridad de la nación. Y si los Estados Unidos no se encontraron en tal peligro, si los gastos militares fueron primordialmente una política económica y no de seguridad, ¿cómo es que se logró engañar al pueblo norteamericano a fin de que aceptara pagar cantidades tan astronómicas de dinero para un aparato militar que no se necesitaba realmente?

La respuesta a la primera pregunta es negativa. Los Estados Unidos, desde la guerra, en ningún momento han vivido en peligro de ataque.

Como es bien sabido, al terminar la II Guerra Mundial, todos los protagonistas principales de la misma, con excepción de los Estados Unidos, quedaron enormemente dañados y agotados. La Unión Soviética fue la que probablemente padeció la mayor destrucción física de todos y perdió la mayor parte de su población joven masculina, pero aun desde antes de que terminara la guerra, se convenció al pueblo norteamericano para que viera a la Unión Soviética con la mayor desconfianza y temor. Poco después de la guerra se diseminó convenientemente un mito (y todavía ahora muchos lo aceptan como verdadero) que decía que después de la guerra la Unión Soviética, a diferencia de los Estados Unidos, había mantenido intactas sus fuerzas militares para poder saltar al cuello de un Occidente desarmado. Ese mito, profundamente creído por los norteamericanos, ha servido para establecer las firmes plataformas del nuevo sistema colonialista: las bases estratégicas.

Desvirtuado el mito—lo que, naturalmente, no quiere significar que nos despreocupemos de la posibilidad de una amenaza soviética—, los Estados Unidos, en su afán de persistir en la caza de brujas, han ideado y puesto en movimiento novísimas técnicas de estar presentes en un importante núcleo de países de ambos mundos: las empresas transnacionales—perfectamente definidas por el doctor Ruiz García, en uno de sus últimos libros<sup>20</sup>, como la fase superior del imperialismo.

---

<sup>20</sup> RUIZ GARCÍA, ENRIQUE: *La era Carter (las transnacionales, fase superior del imperialismo)*, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 347 pp.

#### REFLEXIONES SOBRE EL IMPERIALISMO

En fin, lo que aquí interesa dejar claramente señalado es que el peso de la nación norteamericana en el mundo sigue siendo, sin duda, decisivo; pero, a diferencia de las décadas pasadas, ya no es único. Sus exportaciones, en 1976, representaron el 12,5 por 100 del comercio mundial, sus producciones básicas un renglón clave de la economía planetaria. No obstante, esa enorme organización económica transnacional es ya el poder compartido y eso exige, en lo político y social, un cambio real de las instituciones y los objetivos humanos colectivos.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

